

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional

Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán

“Zeit mit Gott”

Tema: Jesús examina, anima y exhorta a sus iglesias (parte 2) –
Descubrimientos del Apocalipsis (cap. 3)
(12 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



**Jesús examina, anima y exhorta a sus iglesias (parte 2) –
Descubrimientos del Apocalipsis (cap. 3)
(12 días)**

Día 1

Ap. 3:1.2; 1:4.16

Sardis* se ubica más o menos 48 km al sur de Tiatira. La primera iglesia cristiana fue plantada durante el tercer viaje misionero, del apóstol Pablo (Hch. 19:10). Jesús habló de los “siete espíritus de Dios” que Él “tiene”**. Él tiene y dispone de toda la plenitud del Espíritu Santo. Por medio de ese poder, Él ve hasta lo más profundo de su iglesia. Ella tenía el nombre: “... de que vives”. Su nombre tenía buena fama. Ella podía demostrar buenas obras. Su entusiasmo fue ejemplar. Sin embargo el Señor dijo: ... y estás muerto“. Uno puede funcionar bastante bien, pero la vida espiritual ya no respira, está muerta. Mucho entusiasmo, el empeño de todos los dones y fuerzas pueden “ahogar” la íntima comunión con Jesús. (Comp. Mr. 4:18.19.)

Uno no se muere de un momento para otro. Es un proceso lento. Es fácil de caer en el autoengaño y autocomplacencia (comp. Mt. 15:8.9; 23:27.28). Jesús, el Señor exaltado, no halló las muchas buenas obras perfectas delante de Dios. Aquí no se trata de perfeccionismo, sino de que esas obras delante de Dios, que no alcanzan la medida de Él. Ellas no están de acuerdo con su voluntad. Si Jesús descubre nuestro interior sin miramientos, señala con esto su cuidado y su poder de resurrección. Con su autoridad puede decir: “¡Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están por morir!” La mirada se dirige a Jesús y a los hombres moribundos.

Finalmente en la vida de fe, se trata de vigilancia y fortalecimiento mutuo. Habrá recaídas en ese camino, pero estamos dirigiéndonos juntos a la gran meta en la eternidad. (Comp. Ro. 12:9-18; 1.Co. 12:20.25; Stg. 5:16; Ap. 2:19.)

* Probablemente desde el siglo 6 a.C. había judíos en la zona de Sardis.

** El número “siete” en la Biblia señala perfección, plenitud.

Día 2

Ap. 3:3-6; Mt. 24:42-44

La iglesia en Sardis se debería acordar del tiempo, cuando escuchó el evangelio y aceptó la doctrina bíblica. (Comp. 1.Jn. 1:2.3.) Especialmente debería aferrarse continuamente, al evangelio y a la doctrina del Señor Jesucristo. Para eso es necesario dejar la testarudez y acercarse nuevamente a la Palabra del Señor.

El escuchar; recibir; recordar; mantener; retornar; ser vigilante, es la prueba de la sana doctrina y de un discipulado auténtico de Jesús.

En este contexto, también tiene que estar el sorpresivo regreso del Señor, imprevisible como un ladrón en la noche. Por eso: ¡Velad! ¡estad preparados! Porque si no, no hay reparo. Aún la puerta está abierta para el regreso al Salvador. Por eso: ¡Arrepentíos! ¡Dejad la vida equivocada y vivid así, cómo que si el Señor volviera hoy! (Lea 1.Ts. 5:4-11.)

En Sardis vivían aún “unas pocas personas“, que se mantuvieron fieles a Jesús. “Si eran jóvenes o ancianos; varones o mujeres; ricos o pobres, no se nos dice. Pero el Señor los conocía” (J. A. Bengel).

Él conoce nuestros nombres. Para Él no somos estadísticas o números, sino amados y salvados, que viven con Él en comunión para toda la eternidad. Como símbolo de esto, se habla aquí de “vestiduras blancas”. Ellas señalan el perdón de pecados y la victoria sobre ellos. Estos pocos creyentes “no habían manchado sus vestiduras”. Ellos habían cuidado que, en su estilo de vida no entrara el amor al mundo.

¿Tomo en cuenta para mi vida las instrucciones de Juan? (Lea 1.Jn. 2:15-17.)

El pequeño grupo de creyentes en Sardis, necesitaba valentía para orientar su vida según la voluntad de Dios. Pero Jesús estaba con ellos y ellos andaban con Él. En esto se veía su valor, su dignidad y su fuerza. (Lea Lc. 12:32; He. 12:28.)

Día 3

Ap. 3:7; Sal. 99:9; Is. 6:3

Jesús, el Señor exaltado, se presentó al líder de la iglesia de Filadelfia* y a sus miembros:

a. como “el Santo”. Desde siempre Jesús es “el Santo”, el que pertenece totalmente a Dios. Ya en el Antiguo Testamento Dios se reveló a su siervo Isaías como, el tres veces santo. El Señor en toda su gloria y en la plenitud de su poder es “el Santo”.

Cuando el ángel Gabriel anunció a la virgen María, el nacimiento de Jesús, dijo: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lc. 1:35).

Durante su tiempo de servicio público, muchos hombres experimentaron que Satanás y sus demonios fracasaron, a causa de la santidad del Señor: “Déjanos; ¿qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Yo te conozco quién eres, el Santo de Dios” (Lc. 4:34; lea Mt. 8:16; 1.Jn. 3:8b).

En un momento sumamente crítico, cuando muchos discípulos abandonaron a Jesús, Él exigió de sus más cercanos colaboradores, una decisión: “¿Queréis acaso iros también vosotros?”

Nuestra fe y nuestra vida de discipulado, se decide definitivamente del hecho de, si podemos decir como dijo Pedro: “hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo” (Jn. 6:69). Pero esto no debe ser una mera confesión, por más grande y verdadera que fuere. Justamente este Pedro, que había fracasado terriblemente, escribió más tarde: “Como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo” (1.P. 1:15.16; comp. Ro. 12:1; 1.P. 2:5.9).

El Espíritu Santo y las Sagradas Escrituras moldean nuestra vida, cuando confiamos completamente en Jesús, el Santo de Dios, y le obedecemos.

*la ciudad recibió su nombre por su fundador, el rey Attalus II Philadelphus (220-138 a.C.). Se ubica a más o menos 13 horas de camino al sureste de Sardis.

Día 4

Ap. 3:7; Jn. 14:6; 8:44

Jesucristo se presentó a su iglesia:

b. como “el Verdadero”. Jesús es la verdad en persona, Satanás el “padre de mentira”, el “homicida desde el principio”. Pero el Hijo de Dios ha vencido el poder seductivo y brutal del enemigo (comp. Gn. 3:15; He. 2:14.15). Jesús nos hace partícipes de su victoria: “¡Aférrese una y otra vez de la verdad que el diablo es el enemigo y adversario totalmente vencido! Desde que Cristo consumó su obra redentora y, se sentó como vencedor sobre el trono a la diestra de su Padre, Satanás no tiene ni poder ni derecho sobre los hombres. Donde lo ejerce aún, lo hace ilegítimamente” (C. v. Viebahn; comp. Ef. 6:10-13).

Jesús se presentó a su iglesia:

c. como “el que tiene la llave de David”. Se refirió a Is. 22:22. Esa profecía acerca del papel clave del descendiente de David, de Jesucristo se entendía ya desde muy temprano. Sólo Él tiene el poder de abrir o cerrar la puerta del reino de Dios. Si Jesús abre la puerta, ningún poder del mundo la puede cerrar. Esto nos debe animar. La mayor y terrible resistencia, opresión, persecución, falta de salida o peligro, no pueden cerrar la puerta abierta. Pero si Jesús cierra la puerta a su mundo eterno, cuando se termine el tiempo de la gracia, nadie tendrá la posibilidad de abrirla nuevamente.

Jesús también puede abrir o cerrar pequeñas o grandes puertas, que tienen que ver con nuestra vida diaria. Si tenemos que tomar una decisión, si no sabemos qué hacer y le pedimos a Él por claridad y sabiduría o por su guía, Él abrirá o cerrará una puerta (Pr. 2:6; Mt. 7:7.8; Stg. 1:5; 1.Jn. 5:14). No dependemos del destino o de los astros, sino que estamos protegidos por la mano de nuestro Señor. Nada ni nadie nos podrá arrebatar de su mano (Jn. 10:28.29).

Día 5

Is. 60:14; Ap. 3:8.9; 2:2.19; 2.Co. 12:7-9

Jesús conoció y tuvo en cuenta las muchas actividades de su iglesia. Pero la importancia no está en el mucho trabajo.

Jesús puso en relieve que Él había abierto para los miembros de su iglesia, la puerta para el servicio misionero y pastoral, y Él mismo la mantendrá abierta. Nadie, ningún hombre, ni el diablo la podía cerrar (comp. 1.Co. 16:9). Los cristianos habían entendido que, su poca fuerza no significaba ningún problema para el obrar del Hijo de Dios: “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos”*. Casi se puede decir que la falta de fuerza, es la condición para el obrar poderoso del Espíritu Santo (Hch. 1:8).

Puede ser muy humillante para el seguidor de Jesús, si continuamente siente su falta de fuerza, cansancio y problemas de salud, falta de colaboradores y de recursos. Pero a la pequeña fuerza, Jesús dio una gran promesa: “He aquí, ¡Yo!” Dame tus problemas; Yo abro puertas de casas y de corazones. Tú has hecho lo correcto: has unido tu pequeña fuerza con el gran poder de mi Palabra, y me has testificado públicamente como tu Señor y Redentor.

La iglesia no vaciló en su fidelidad a Jesús. La Palabra de Dios es su tesoro escondido, del cual recibe: sabiduría, guía, autoridad y valentía. (Comp. 2.Co. 3:5.6; 1.Co. 15:10.) Esto vale aún más, al tratarse del centro de la resistencia, de la “sinagoga de Satanás” (comp. Ap. 2:9)**. Al poder de las tinieblas el Señor enfrenta su mayor poder: “He aquí, ¡Yo!” Él puede quebrar el poder de la mentira de Satanás y lo hará (comp. Lc. 10:19). Una vez más: “He aquí, ¡Yo!”. El Señor hará que “ellos obligatoriamente tengan que reconocer que los cristianos despreciados en realidad son el redil elegido”, que están amparados en su amor eterno (W. MacDonald; comp. Is. 43:4; Jer. 31:3).

*Zac. 4:6: aquí se trata de terminar la edificación del templo (Hag. 1:12-2:5; Esd. 3:8).

**La “sinagoga de Satanás” se constituye de judíos que rechazaron el mensaje de salvación y del regreso del Mesías. Aunque confiesan de servir a Dios, su resistencia contra los cristianos muestra que en realidad están bajo del poder de la oscuridad satánica.

Día 6

Ap. 3:10; 14:12

Los miembros de la iglesia en Filadelfia habían tomado muy en serio la exhortación del Señor, de mantenerse firmes y guardar Su Palabra. Para esto, era necesario que cada uno de ellos recordara que se debían animar mutuamente y fortalecerse el uno al otro, para poder aguantar lo que viniera con paciencia. (Comp. Lc. 22:28; Col. 1:11; Stg. 1:2-4.)

Seguramente ellos también pensaban en la paciencia de su Señor. En algunas Biblias dice: “Porque has guardado la palabra de mi perseverancia (paciencia)”. Aquí se habla de un principio espiritual: Jesús, su paciencia; su perseverancia; su amor son ejemplo para nosotros y fuente de poder, para que podamos perseverar. (Comp. Ro. 15:5; 2.Ts. 3:5.)

Pero, para los creyentes existe una tentación que los haría pedazos, si Cristo nos les hubiese asegurado: “yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra” (Ap. 3:10).

Entonces Jesús cumple el pedido de su iglesia: “Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal” (Mt. 6:13). El Señor asegurará a su iglesia global y sufriente, contra cualquier ataque que intente separarla de Él. Si el lugar de protección junto al Señor es tan grande, tan fuerte y tan amplio, ¿no deberíamos hoy refugiarnos en Él? “Ustedes no han sufrido ninguna tentación que no sea común al género humano. Pero Dios es fiel, y no permitirá que ustedes sean tentados más allá de lo que puedan aguantar. Más bien, cuando llegue la tentación, Él les dará también una salida a fin de que puedan resistir” (1.Co. 10:13 NVI; comp. Sal. 34:19; Dn. 3:17).

¿Cómo podemos perseverar? Miremos a Jesús, quien dijo: “He aquí, yo vengo pronto”. Este “pronto” trajo ya, mucha angustia a creyentes. Especular con su venida y evaluar tiempos, trae confusión. La historia se rige por el “reloj” de Dios. (Comp. Sal. 90:4; 2.P. 3:8.)

Día 7

Ap. 3:11-13

Cuándo Jesús regresa* no lo sabemos. Pero Él viene, eso es seguro. Podemos reconocer señales del tiempo; unir partes de la historia; meditar juntos acerca de esto, pero sobre todo, prepararnos para su regreso. (Lea Mt. 24:44; Lc. 21:34; 1.Ts. 5:8; 1.P. 1:13; 4:7.)

En este sentido podemos entender la exhortación del Señor, que dice: “retén lo que tienes”. Esto es suficiente. Nadie te quitará tu corona de victoria. Alcanza simplemente con el don que has recibido de Dios: ahora, en este momento, con fidelidad, “para el Señor y no delante de los hombres” (comp. Col. 3:23; 1.P. 4:10.11; 1.Co. 4:2).

En este servicio, una y otra vez es necesario vencer. “Al equipo de los vencedores pertenecen aquellos, que rechazan decididamente todo aquello que los quiere separar de la íntima relación con Jesús, y lo que quiere paralizar su amor hacia Él” (E. Schnepel; comp. Ro. 12:21).

Jesús dio una doble promesa para los vencedores:

a. él será para siempre una “columna” en el templo de Dios. Nos hace recordar a las columnas en el tabernáculo, y en el templo de Salomón. En Is. 6 y Ez. 10 se nos presenta un templo celestial. “El templo de Dios en Ap. 3:12 es el lugar donde Dios habita y gobierna. ... Al vencedor se le promete para siempre poder estar muy cerca de Él y servirle continuamente” (G. Maier).

b. él recibe un nombre triple: “el nombre de mi Dios”. Los redimidos llevarán, en la nueva creación, el nombre de Dios, pues ellos pertenecen a Él y le sirven. “El nombre de la ciudad de mi Dios” es la nueva Jerusalén celestial. Esto significa eterna ciudadanía y seguridad. “Mi nuevo nombre”, es el nombre de Jesús, el nombre del eterno triunfador. El vencedor que lleva este nombre, experimentará realmente lo que ese nombre significa: eterna salvación, eterno gozo, eterna gloria, eterna felicidad.

*“pronto”, esto puede ser diariamente

Día 8

Ap. 3:14a; Col. 2:1

La ciudad de Laodicea se ubicaba en el Valle del río Lycus. Durante el tiempo de paz, que empezaba con el gobierno romano, la ciudad crecía para convertirse en un centro importante de mercadería y economía, con alrededor de 80 mil habitantes*. El desarrollo bancario tenía un rol muy importante. Algunos expositores bíblicos de América denominan Laodicea como el “Wall-Street” de Asia Menor, de la antigüedad. También se la llamaba la ciudad de los millonarios, y pertenecía a las ciudades más ricas del mundo. Cuando la ciudad en el año 60 d.C. fue destruida por un terremoto, los ciudadanos rechazaron toda ayuda del gobierno romano. Eran tan ricos que, por sus propios medios podían reconstruirla.

Entonces no nos sorprende que Laodicea se jactaba por sus riquezas y se creía que no necesitaba de Dios. Sin embargo a los ojos de Dios fue muy pobre. También la manufactura de telas tenía gran importancia. De Laodicea salían telas a todo el imperio romano. El centro médico ubicado en un templo a 20 km de Laodicea fue trasladado a la ciudad. La facultad de médicos fabricaba una pomada para los oídos y los ojos que era famosa en todo el mundo. El nombre de algunos médicos quedaba grabado en algunas monedas, donde también aparecía la figura de Zeus**.

No nos sorprende que los habitantes de Laodicea y también los discípulos de Jesús estaban muy orgullosos de su ciudad, su ciencia, su progreso y riqueza. Algunos preguntan: ¿se permite al creyente ser rico y famoso? Leamos Gn. 13:1-18 y Mr. 10:17-27. ¿Cuáles peligros y cuáles chances se demuestran en estas dos citas respecto el tema de riquezas?

La iglesia de Laodicea se tuvo que enfrentar a la dura crítica de Jesús. Sin embargo, cuando Jesús critica, aún hay esperanza para nosotros. A pesar de la fuerte crítica Él no nos rechaza, sino exhorta al sincero y real arrepentimiento.

*Hoy existe solo una ciudad a 6 km al sur de la anterior Laodicea, llamada “Denizli”, con alrededor de 750 mil habitantes.

**En aquel tiempo el “jefe-dios” de todos los dioses.

Día 9

Ap. 3:14-16; 1:5; 2:2; Jn. 3:3.5; 5:19.24; 12:24

Jesús se presentó a la iglesia en Laodicea: primero como el “Amén”*, el totalmente fiable; y, en segundo término como “el testigo fiel y verdadero”.

La Palabra que el Señor exaltado testifica, es la auténtica y verdadera Palabra de Dios. “Cuando el Señor exaltado habla, lo hace con la total autoridad de Dios. Esto vale para las palabras de exhortación como también, para las de juicio. Él es el testigo, completamente fiel respecto a nosotros y, no tiene otra intención que querer ayudarnos” (E. Schnepel).

En tercer lugar, Jesús se presentó a su iglesia como “el principio de la creación de Dios”. El concepto “principio” aquí no se refiere al aspecto numérico, sino a la calidad: Jesús es el origen de la creación, el Co-Creador (comp. Jn. 1:3; 1.Co. 8:6; He. 1:2). Ésta concentrada autopresentación del Señor en Ap. 3:14 significa: lo que ahora os tengo que decir, es el diagnóstico durísimo acompañado de una chance.

Jesús critica a la iglesia en Laodicea de manera muy ilustrativa: en la ciudad vecina -Hierápolis- había fuentes termales, cuyas aguas medicinales eran muy valoradas y buscadas. La temperatura oscilaba entre 35 a 100 grados. A través de un canal de 320 metros, se mandaba el agua a Laodicea. Pero entonces ya no era caliente ni fría, solamente tibia, cómo para “vomitar”. Esa tibieza duele profundamente al Señor.

¿Dónde está el problema? Ha pasado mucho tiempo, cuando el amor al Señor y la entrega de todo corazón fueron vivos y auténticos. Pero mientras tanto, el bienestar llevó a los creyentes a la pereza espiritual y falta de interés. Ellos se adaptaron a los parámetros mundanos y su comportamiento, desagradaba al Señor. Ya no faltaba mucho para que se parecieran más a los de su ambiente social que, a los pertenecientes al reino de Dios.

¿Cuáles líneas paralelas hay en Ap. 3:14-16 y la actitud interior de las diez vírgenes (Mt. 25:1-13)? ¿Qué consecuencia tiene esto para mí?

*En los evangelios Jesús utiliza su “Amén, Amén” (griego: “de cierto”, “de cierto”) para acentuar la autenticidad de lo dicho.

Día 10

Ap. 3:17-18a; Is. 61:10

¿Cómo habrá sido aquel tiempo en Laodicea, cuando unos y otros llegaron a creer en el Señor Jesucristo? Ellos habían reconocido su culpa ante Dios, y habían pedido perdón. Entonces llegaron a ser muy ricos, aunque pertenecían al grupo de los “pobres en espíritu” (comp. Mt. 5:3; 1.Co. 1:5-9).

Pero, la iglesia se hizo rica en sí misma y pobre en Jesús. Al camino del discipulado lo hicieron más ancho, y las conciencias fueron embotadas en muchos aspectos.

Lo que conmueve profundamente es la auto-percepción totalmente pervertida: tú piensas: “yo soy rico” pero, en verdad eres pobre; tú piensas: “yo veo (pienso) bien”, pero en verdad estás ciego; tú piensas: “soy decente” pero en verdad, estás desnudo.

Lo más asombroso es que Jesús, quien es la verdad en persona, no deja caer a los suyos. Él nos aconseja para hacer una “compra” a Él:

a. oro refinado. Esta es la auténtica vida en profunda comunión con Jesús, en la que Él nos purifica de la escoria del pecado. Entonces, realmente seremos ricos, aunque no lo percibimos así.

b. vestiduras blancas (comp. Mt. 17:2; Ap. 3:4; 7:9.13.14). Estos simbolizan la gloria, santidad, pureza y justicia de Dios. Cuando Jesús perdona nuestros pecados, nos purifica hasta las profundidades de nuestra personalidad. Él nos cubre con “vestiduras de salvación” y nos rodea con el “manto de justicia” (Is. 61:10). Así, y solo así, estamos delante de Dios completamente aceptables, salvados y santificados, para una vida a la luz de su rostro. “Bienaventurado el pueblo que sabe aclamarte; andará, oh Jehová, a la luz de tu rostro.

En tu nombre se alegrará todo el día, y en tu justicia será enaltecido” (Sal. 89:15.16; comp. Is. 9:1; Ef. 5:8-14; 1.Jn. 1:7-10).

Día 11

Ap. 3:18c.19; 14:4; 1.P. 2:21-24

En nuestra “compra”, falta...

c. *el colirio*. Este simboliza la acción del Espíritu Santo, quien abre nuestros ojos acerca de nosotros mismos. Así no vemos solamente algunos puntos de nuestra vieja manera de ser sino, conseguimos mirar hasta el cenagoso fondo de nuestro ser, del cual puede subir, en cualquier momento cada pecado. Esa visión de nosotros mismos, nos humilla profundamente y quiebra nuestro orgullo. Pero debemos, en medio de todo: de la suciedad y del barro de nuestra vida, conseguir ojos abiertos para Jesús, el crucificado y resucitado. ¡Mira a Jesús! Y Él te dirá: “Yo reprendo y disciplino a todos los que amo. Por lo tanto, sé fervoroso y arrepiéntete” (Ap. 3:19 NVI).

Observemos con el texto original en griego, Sus acciones por orden: amar, descubrir, educar (corregir, quizá con dureza). Así se declaró qué motivo movió a Jesús: es el cordial amor de amigo (*philéo*), con el cual, Él miró a la iglesia tibia e indiferente.

A la luz de este amor, querría decir primero: Laodicea no es la iglesia rechazada y condenada, sino la que es amada por Jesús.

Si Él no condena, ¿acaso debemos nosotros condenar a aquellos en nuestra iglesia, que no valoramos y juzgamos como un caso perdido?

A la luz de este amor, diría en segundo lugar: Laodicea, Yo no te reprendo por reprender o educar sino, te corrijo seriamente, para mantener tu vida conmigo y, encender nuevamente el ardiente amor hacia Mí. Termina con tu indiferencia y pereza* y toma una nueva dirección: ven y sígueme. Yo voy adelante, Yo hago la huella en la cual puedes andar. (Comp. Éx. 13:21.22; 33:14.18-23; Mt. 28:7.8; Mr. 10:21; Jn. 10:27-30; 12:26.)

*Quizá usted quiere mencionar un problema personal, escríbalo y anote una cita bíblica que le haya alentado. ¿En qué dirección usted quiere seguir su camino?

Día 12

Ap. 3:19b-22; Sal. 118:20; Jn. 10:1-10

Con Jesús, es posible comenzar de nuevo. Aunque todo haya salido mal y nos hayamos enredado en muchos problemas y pecados y, casi no tengamos más esperanza, Él llega nuevamente a nosotros y nos dice: “he aquí, ¡Yo!” ¡Abre tus ojos! Y como que si esto, no fuera suficiente, Él viene a la puerta de nuestro corazón y llama, discreto pero claro y fuerte: ¡abre tus oídos, escucha mi voz y ábreme!

Entonces Él llega a usted y le invita a comer. Él desea tener comunión con usted ¡ya, ahora!, pero después, también en la eternidad (Lc. 14:17; 22:15.16; 24:29.30).

Pero... no debemos solamente disfrutar la oportunidad y el gozo de un nuevo comienzo y, de la comunión con Jesús, sino que debemos compartirlo con aquellos que todavía no tienen comunión con Él. Debemos una y otra vez decidirnos otra vez a invitar a los de “afuera”, a una vida con Él y señalarles la puerta al cielo, a la comunión eterna con Dios.

¡Qué “coronación” cuando Él comparte su trono con los vencedores, para darles parte de su dignidad real! Los creyentes serán co-regentes con Cristo, en su reino venidero (Lc. 22:29.30).

La escondida comunión en la mesa, llega a ser entonces una comunión públicamente reconocida del trono. “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado” (Jn. 17:12a).

“Jesús ha venido, el Rey de honor; ¡cielo y tierra alaben su poder! Este dominador, puede convertir los corazones; ¡abran pronto las puertas y portones!

Piensen: Él quiere entregarles la corona. Jesús ha venido, el Rey de honor. ...

¡Amén oh Jesús, perfecciónanos! Jesús ha venido, díganlo hasta los fines de la tierra” (J. L. K. Allendorf).